

BIBLIOTECA
TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA



ereín

A LA SOMBRA DEL TEMPLO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: Junio de 2026

Diseño de la colección y portada: Aritz Albaizar

Maquetación: Asier Beltza

© Toñi Martínez de Lezea

© EREIN. Donostia 2026

ISBN: 978-84-1093-123-7

D.L.: D 395-2026

EREIN Argitaletxea

Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Gertu inprimategia

Zubillaga industrialdea, 9

20560 Oñati, Gipuzkoa

T 943 783 309

e-mail: gertugrafika@gmail.com

www.gertu.net

BIBLIOTECA
TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

A LA SOMBRA DEL TEMPLO

Convento
Santo Domingo

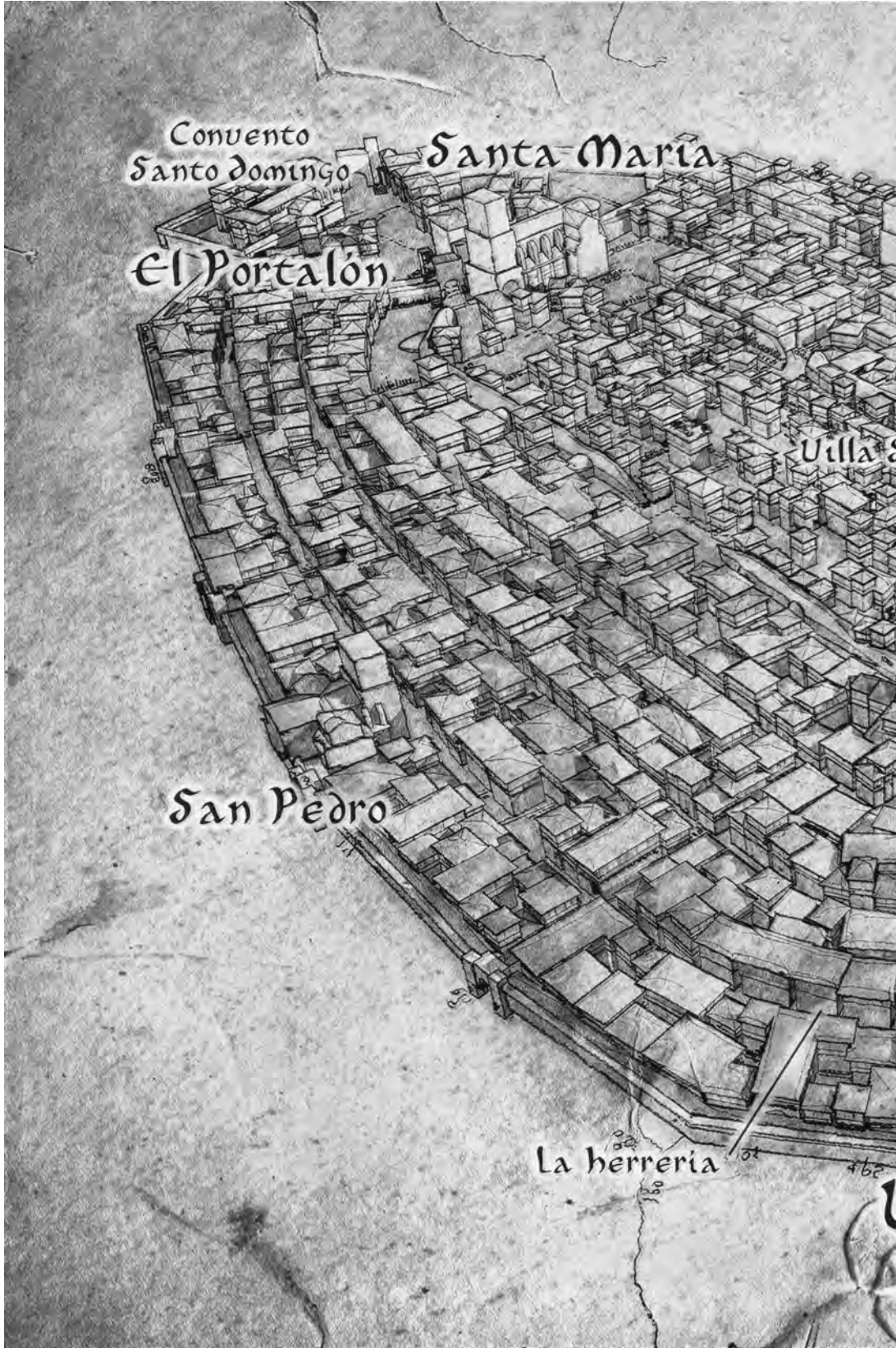
Santa María

El Portalón

Villa S

San Pedro

La herrería





Casa del Cordón

La Cuchilleria

San Miguel

Convento San Francisco

Plaza del Mercado

Puerta de Santa Clara

Vitoria-Gasteiz s. XII

Personajes históricos

Juan Sánchez de Bilbao, rico comerciante de Vitoria.

Diego Fernández de Paternina, abad de Santa María de Vitoria.

Pedro Martínez de Álava, procurador general de Vitoria.

Diego Martínez de Álava, diputado general de Álava.

Martín Sánchez de Maturana, marino mayor de Vitoria.

Diego Vélez de Esquibel, alcalde de Vitoria.

Adriano de Utrecht, Papa Adriano VI.

Pedro Fernández de Velasco, condestable de Castilla y co-regente.

Otxanda de Iruña y Martínez de Álava, ricadueña vitoriana.

Rodrigo de Varona, señor de la torre de Varona en Valdegovía de Álava.

Fadrique Enríquez, almirante de Castilla y co-regente.

Salazar de Nograro, miembro de un importante linaje alavés.

Personajes ficticios

Blas, Dueño de la casa de postas «El Portalón» de Vitoria.

Francisca, posadera, mujer de Blas.

Isabel, hija de Francisca y Blas.

Hernando de Dios Ruiz de Gazeo, pintor, acusado de asesinato.

Julián Martín, novicio franciscano.

Maese Nicolás, maestro carpintero.

Lope, hermano de **Gonzalo de Baraona**, comunero ejecutado en Vitoria.

Alvar López de Apodaca, confidente del merino mayor de Vitoria.

Villasantos, judío converso de Medina de Pomar, Burgos.

Osanna, amante de Juan Sánchez de Bilbao.

Martín Ruiz de Gazeo, ricohombre alavés.

Fray Ramiro, fraile franciscano del convento de Cidamón (La Rioja).

Marcela, bordadora y cocinera, madre de Osanna.

Vitoria, febrero de 1522

El Portalón

Había nevado sin parar durante toda la víspera y la helada de la noche había transformado la nieve en una masa compacta y resbaladiza, difícil de eliminar. El mozo se afanaba con su mejor ánimo: clavaba el filo de la pala y lograba, tras mucho esfuerzo, arrancar grandes pedazos de hielo que lanzaba a varios pies de distancia, lo suficientemente lejos para dejar despejado el gran portón de entrada al establo. Blas se asomó a la puerta, cruzó los brazos sobre el pecho y, en un gesto inútil, se frotó los hombros con las manos para calentarse un poco, miró al cielo completamente encapotado y después al joven; movió la cabeza de derecha a izquierda media docena de veces y volvió a entrar en el local al tiempo que emitía un profundo suspiro.

En contra de la opinión de su mujer, había vendido las huertas que poseía en la zona de Armentia, herencia de sus padres, cuyo alquiler les proporcionaba una pequeña renta fija. Gastó en adquirir la Casa de Postas todo el dinero de la venta,

el que había ahorrado moneda a moneda durante los últimos veinte años y el del prestamista Juan Pérez. La acondicionó dejándose guiar por la intuición e hizo disponer cuatro habitaciones para huéspedes, además de una parte bajo el tejado, con catres para mercaderes, regatones y muleros. Había una docena de tabernas y posadas en Vitoria, pero confiaba en hacer el negocio de su vida y encontrar la ansiada seguridad, que el pequeño dispensador de licores de la calle de la Pellejería no podía ofrecerles. Francisca había puesto el grito en el cielo y lo había acusado de querer condenarlas a Isabel, su hija, y a ella a la miseria, pero él se mantuvo firme. Tenía la corazonada de que el asunto funcionaría a las mil maravillas y no aceptó más recriminaciones. Al acabar las obras, colocó un letrero colgante en el que mandó pintar el nombre del local: «El Portalón», y esperó a que la pequeña arqueta de hierro adquirida a un comerciante de la calle de la Herrería se llenara de tintineantes piezas de plata. Meses después se había arrepentido por creer en un sueño.

Primero fueron los tumultos ocasionados con motivo de la revuelta comunera que en Vitoria tuvieron corta duración, pero muy intensa. Durante varias semanas ningún viajero se aventuró por la tierra de Álava, levantada en asonada por don Pedro López de Ayala, conde de Salvatierra. La ciudad no acabó en un baño de sangre porque el abad de Santa María y otros notables acudieron al conde rogándole que no entrara en ella con sus hombres. Los pocos clientes que frecuentaron la posada en aquellos días fueron precisamente los hombres de Ayala, acampados en las inmediaciones. Creían en la victoria, recordó Blas, y prometieron abonar la deuda por la bebida y la comida cuando su señor les pagara los servicios. Poco después, el conde se hallaba huido en Portugal, la cabeza de su segundo,

Gonzalo de Baraona, clavada en un garfio hasta quedar monda y seca, y él podía ir olvidándose de cobrar un solo maravedí.

La ciudad se vio después invadida por los hombres de los regentes del reino: el cardenal Adriano, el almirante Enríquez y el condestable Velasco. Los importantes personajes se instalaron en ella a fin de dirigir las operaciones contra los franceses tras la victoria sobre los depuestos reyes de Navarra, quienes habían intentado, sin éxito, recuperar su reino. El ejército de Francisco I de Francia, primo del navarro, había cruzado la frontera e invadido la plaza fuerte de Fuenterrabía. Los ruidos de la guerra no llegaban hasta Vitoria, pero allí donde se hallaban los regentes, se hallaba la Corte. Nobles, soldados, escribanos, clérigos, palafreneros, barberos, médicos, músicos, cocineros, además de las familias de los primeros, las damas de compañía, los caballeros de las escoltas y los criados acompañaban a los gobernantes en sus desplazamientos. La ciudad de las seis calles se había visto desbordada y obligada a proveer las necesidades de los ilustres visitantes y de sus acompañantes. A Blas, al igual que a todos los vecinos, se le había exigido su contribución en «especies», lo cual significaba que debía dar de comer y de beber a cambio de unos pagarés que estaba seguro nunca cobraría.

Y ahora, la nieve y la helada; nadie en la ciudad recordaba un invierno tan crudo. Hacía días que los caminos permanecían cerrados por la gran cantidad de nieve caída en la región e, incluso, se había interrumpido el tráfico en las carretas repletas de mercancías que, en ambas direcciones, recorrían el trayecto entre la meseta y la costa y estaban obligadas a pasar la aduana de Vitoria. El negocio se hallaba en un estado lamentable. Desde antes de la Natividad, apenas hubo movimiento. El frío y las ventiscas habían ahuyentado a la clientela vecinal, recuperada de la aventura comunera, e, incluso, a los forasteros que aparecían

con los temidos pagarés y se hartaban de comida y bebida. Había confiado en que, a pesar del tiempo, el vino que se había hecho traer de la zona de Rioja, los guisos de su mujer, el calor de la enorme chimenea y la buena compañía fueran acicates suficientes para animar el local hasta la hora del cierre, a medianoche, un poco antes del toque de queda. Pero nada podía hacerse contra el clima, y el primer mes del año estaba siendo especialmente duro. En toda la semana únicamente habían tenido tres clientes; dos habían pernoctado una noche y proseguido viaje justo antes de la última nevada, y el tercero permanecía encerrado en su habitación y se hacía servir las comidas allí mismo. Solo habían intercambiado un par de frases a su llegada, y el hombre no había retirado la bufanda que embozaba su rostro hasta los ojos. Había algo extraño en él pero pagó por adelantado, y este hecho singular fue suficiente garantía de la solvencia del individuo.

Suspiró de nuevo; empezaría a tener problemas si el tiempo no cambiaba en los próximos días. El prestamista Juan Pérez era un hombre exigente, poco dado a la generosidad. Mucho se había hablado, y todavía se hablaba, de los prestamistas judíos, expulsados del reino treinta años antes. Algunos incautos creyeron entonces que sus deudas quedaban liquidadas, pero no fue así y los agentes del Tesoro se encargaron de cobrarlas en beneficio de las arcas reales. El lugar de los judíos estaba ahora ocupado por cristianos tan exigentes o más que aquellos. Algunos de los ricachones de Vitoria, comerciantes en su mayoría, también se dedicaban al préstamo encubierto y nadie osaba tratarlos de usureros. Y también estaban los acreedores que no tardarían en aparecer exigiendo el pago de las mercancías suministradas, en especial el carnicero a quien debía ya una buena cantidad de dineros. Entró en la cocina, hizo un gesto de impotencia dirigido

a su mujer y a su hija, descolgó del ollar el gran caldero en el que había puesto agua a calentar y salió de nuevo con él para verterlo delante de la puerta y eliminar así los restos de hielo.

Al principio fue una figura que aparecía y desaparecía en medio de la ventisca, aunque, poco a poco, fue haciéndose más nítida. El jinete iba algo encorvado, intentando defenderse del temporal que azotaba por rachas, y el caballo hundía sus patas en la nieve y avanzaba con lentitud. Ambos eran una mota en medio del paisaje blanco. Blas permaneció con el caldero en las manos observándolos. ¿Quién diablos podría estar tan loco como para aventurarse por los caminos con semejante tiempo? Poco después, los tenía delante. El caballo agitó su hermosa crin cobriza cubierta de nieve al tiempo que el jinete descabalgaba y se sacudía las ropas, negras de pies a cabeza, incluido el tocado cuyo embozo envolvía su cuello y cara hasta la boca. A Blas le recordó al único musulmán que había visto en su vida, cuando todavía era un mozalbete, hacía ahora unos cuarenta años, en el cortejo de la difunta reina durante su visita a la ciudad.

El hombre dirigió una mirada hacia el Portal de Arriaga y, después, hacia la casa torre de los Hurtado de Anda, un torreón austero apoyado en la muralla que, más que la residencia de una de las familias más importantes, parecía haber sido puesta en aquel lugar a modo de vigía defensiva. A continuación penetró en el local sin decir palabra, seguido por el asombrado Blas y la mirada del mozo, que se había detenido igualmente sorprendido ante la inesperada aparición. A una señal de su patrón, Matías dejó caer la pala y se apresuró a asir el roncal del caballo y a conducirlo a la cuadra situada en el bajo de la casa.

—Deseo una habitación con chimenea, comida y bebida —indicó el caballero.

Se había quitado el embozo y el posadero tuvo que hacer un esfuerzo para no abrir la boca y poner cara de patán. Una abundante mata de cabello castaño se desparramaba por encima de sus hombros y enmarcaba un rostro de rasgos perfectos: la nariz recta, los labios finos, los ojos grises o verdes o amarillos, resultaba imposible asegurar su color exacto, bajo unas cejas oscuras que contrastaban con el cabello y con su tez, blanca como la de una doncella preservada del sol y del aire. Nunca había visto a alguien tan atractivo, tanto, que por un instante llegó a pensar que era una mujer disfrazada de hombre, pero no, recapituló; el tono de voz era demasiado grave para ser femenino. Además, en un examen más atento descubrió el vello rubio, casi blanco, de la barba y del bigote que le había pasado desapercibido en un primer instante, debido a la sorpresa.

—¿Y bien?

El tono impaciente del recién llegado lo sacó de su estupor.

—Dispongo de una excelente estancia, bien caldeada y orientada al sur, señor...

—Conde de Nograro.

El corazón de Blas comenzó a latir con fuerza y se pasó la lengua por los labios súbitamente secos. Lo único que se le ocurrió hacer antes de recuperar la palabra fue una reverencia de medio cuerpo que casi da en el suelo con su oronda figura.

—Si su excelencia desea acompañarme...

Lo condujo a una habitación en el segundo piso reservada para los huéspedes ilustres que todavía no había sido estrenada, un espacio amplio de losas enceradas, alfombras y mobiliario nuevo. El posadero no había querido ni oír hablar de muebles usados. Los otros tres cuartos fueron amueblados sin lujos, pero

aquella habitación tenía que ser algo muy especial, afirmó, un lugar digno de alojar a un potentado, a un obispo, a un mensajero real.

Mandó fabricar una cama de grandes proporciones y compró una mesa morisca y cuatro sillas a un comerciante de Toledo. Francisca se encargó de coser la sobrecama y los cortinones a juego con terciopelo granate de a ochocientos maravedíes la vara, que él en persona eligió en el mejor comercio de la ciudad, el de los Sánchez de Bilbao. La adquisición de un tejido tan costoso había avivado la discusión entre él y su mujer.

—¿Acaso piensas que un personaje va a alojarse en la casa de postas cuando hay tantos palacios en la ciudad?

—Nunca se sabe...

—¡Claro que se sabe! Los notables se conocen entre ellos y nunca permitirían que un visitante ilustre se alojara en una posada. El séquito de los regentes es muy numeroso, pero ni los señores ni sus criados han aparecido por aquí.

—Nunca se sabe... —insistió él en sus trece.

Se apresuró a encender la leña que esperaba en el hueco de la chimenea, las llamas del fuego iluminaron el lugar, y la habitación se llenó con el inconfundible olor a roble quemado. El mozo llegó en ese momento portando la bolsa del viajero y la depositó encima de la cama desapareciendo a continuación. El caballero se había despojado de la capa y mantenía las manos extendidas hacia el fuego, con la mirada ausente. Blas lo contempló a su gusto. Ciertamente era un hombre fuera de lo común: apuesto como pocos y rico, según podía apreciarse por la calidad de su vestimenta —chaquetilla de terciopelo, calzas acuchilladas a rayas negras y plateadas y botas de badana hasta medio muslo—, la enorme esmeralda que adornaba su dedo índice y la espada de empuñadura y vaina de plata que colgaba de su

cinturón. Jamás se había encontrado tan cerca de una persona de importancia y se deleitó con la visión durante unos momentos.

—¿Y bien?

El caballero se giró para mirarle. No había amabilidad en sus ojos y de pronto se sintió como un ratón observado por un gato a punto de saltar sobre él.

—Habéis dicho que deseabais comida y bebida... —muscitó—. ¿Algo en particular?

—Guisado y cerveza.

—¿Cerveza?

Su voz denotaba una contrariedad tan grande que el viajero alzó las cejas y una mueca de ironía alteró su rostro.

—Vino también servirá —añadió—, pero apúrate, que tengo hambre.

Blas se inclinó de nuevo y se dispuso a abandonar la habitación.

—¡Espera! —Blas se detuvo al escuchar la orden—. ¿Hay algún otro huésped en la posada?

—Un caballero llegó hace unos días...

—¿Su nombre?

—Lo desconozco, excelencia. De hecho apenas lo hemos visto. No sale nunca de la habitación y se hace servir las comidas en ella, por lo que...

El caballero se giró de nuevo hacia el fuego, ignorándolo, y esta vez el posadero no esperó una nueva pregunta, salió a toda prisa y bajó los escalones precipitadamente. La suerte llamaba por fin a su puerta. ¡Nada menos que un conde se alojaba en su casa! Era preciso que todo saliera a la perfección, esmerarse al máximo y que no hubiera una sola queja por parte del importante huésped. Entró en la cocina sofocado por la carrerilla

y la excitación y encontró a su mujer y a su hija cuchicheando con el mozo de servicio.

—¿Qué hacéis ahí parados? —les gritó—. ¿Acaso es posible mantener un negocio con un holgazán y unas mujeres chismosas? ¡Todo el mundo al trabajo!

Matías no se lo hizo repetir y al pronto abandonó la cocina, Isabel se apresuró a colocarse junto a la olla y Francisca se plantó en jarras.

—¿A qué viene tanto grito?

—¡Tenemos huéspedes que atender!

—¡Ni que fueran príncipes!

—Uno no sé, pero el otro está muy cerca.

—¿De qué?

—Del rey. Es un conde.

Sonrió satisfecho al observar que, por una vez, su mujer no sabía qué decir.

—¿Qué conde? —preguntó esta al cabo de unos instantes.

—El de Nograro, o algo por el estilo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque él mismo me lo ha dicho y, además, va vestido de negro, como los nobles del cardenal.

—¿Y qué hace un conde aquí?

—¡Y yo qué diablos sé! Quiere comer guisado. ¿Hay guisado?

—Siempre hay guisado.

—Pues daos prisa. Tiene hambre, y no me parece que sea un hombre acostumbrado a esperar. Preparad una bandeja con una sopera, que yo voy por el vino. ¡Venga!

—Conde o cardenal tendrá que esperar a que la carne esté bien hecha...

Blas no escuchó las últimas palabras de su mujer y bajó a la bodega situada junto a la caballeriza con un hachón en una

mano y una jarra en la otra. Debía encontrar un buen vino, uno que no fuera áspero al paladar, suave, afrutado. La presencia de los regentes y de sus séquitos en Vitoria, en especial la del cardenal, había introducido algunos cambios en las costumbres alimenticias. Lo sabía porque su compadre Miguel de Ozaeta, tabernero de profesión y curioso de vocación, lo había puesto al corriente. A los flamencos no les gustaba la cerveza elaborada en el país, aseguraban que no tenía cuerpo, y tampoco apreciaban el vino tinto, preferían el albillo. ¿Dónde diablos había colocado el barril que se había hecho traer ex profeso de Ávila? Lo halló medio escondido detrás de una barrica repleta de buen vino riojano y soltó un juramento. Sujetó el hachón como pudo sobre el nudo entre dos vigas y dejó la jarra en el suelo, asió el barril y lo extrajo de su escondite. El esfuerzo le provocó un tirón en la espalda y estuvo a punto de dejarlo caer al suelo.

—¡La Virgen!

Apretó los labios y miró a su alrededor con el miedo reflejado en la cara. La blasfemia estaba castigada con pena de azotes y no era cuestión de arriesgarse por un simple tirón de espalda, ahora que tenían en la ciudad al cardenal, también Inquisidor General del reino; se apresuró a llenar la jarra y subió cojeando a la cocina.

—¿Está ya la bandeja? —preguntó a Francisca.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó ella a su vez—. ¡Tantas prisas y luego nos haces esperar! ¿Qué pasa, hombre? Parece que te hayan coceado.

—La espalda... me ha vuelto a dar un tirón... El huésped...

—Isabel, sube tú la bandeja —ordenó la mujer a su hija—. Voy a darle unas friegas a esta calamidad de hombre que ha vuelto a descolocarse la espalda.

La joven se alisó el delantal, colocó la jarra de vino sobre la bandeja y salió, mientras Francisca obligaba a su marido a apoyar las manos sobre una banqueta, le alzaba la camisa, derramaba una buena cantidad de alcohol de romero en sus manos y le frotaba vigorosamente la espalda sin hacer caso a sus quejas.

—¡Patrón! ¡Patrón! ¡Dos eminencias desean alojamiento!
Matías irrumpió en la cocina bruscamente.

—¿De qué hablas, atolondrado?

—¡Un caballero y una dama acaban de llegar en un carruaje y solicitan alojamiento! Parecen gente importante...

Blas se alzó frotándose los riñones y miró a su mujer.

—Pero... ¿qué ocurre hoy?

Salió sin esperar respuesta y se topó en la entrada con los recién llegados: un hombre mayor vestido a la manera de la corte castellana y una mujer envuelta en una capa de color verde y con rebordes de piel cuya capucha velaba parte del rostro, aunque no tanto como para que el posadero no pudiera constatar que era mucho más joven que su acompañante.

—Soy Enrique de Villasantos, y la dama es mi hermana —se presentó el caballero—. Deseamos alojamiento para esta noche. Dos habitaciones —aclaró.

—Sus mercedes llegan en el momento justo —Blas intentó hacer una reverencia, pero apenas pudo inclinar la cabeza—. Precisamente dispongo de dos habitaciones libres, aunque... esta es una humilde casa de postas y no estamos preparados para recibir huéspedes de la calidad de sus mercedes, por aquí solo pasan comerciantes y...

—No importa —lo interrumpió el caballero—. Nos basta con que estén limpias y calientes.

—No disponen de chimenea, pero ahora mismo ordeno colocar unos braseros de carbón. ¿Deseáis mientras tanto

recuperaros del viaje y comer algo caliente? ¿Un plato de guisado, un caldo quizá?

El hombre miró a su acompañante, y esta hizo un gesto afirmativo con la cabeza. El posadero los acompañó a una mesa situada al fondo de la taberna, junto a la chimenea, limpió los asientos y la mesa con el trapo que colgaba de su cintura e intentó una nueva reverencia que se quedó en amago al sentir el dolor en su espalda. Los dos tomaron asiento, pero así como el hombre se desprendió de su capa, la mujer no hizo el menor intento de quitarse la suya, ni de descubrir su cabeza.

Durante las horas siguientes fue todo un ir y venir de Blas, las mujeres y el mozo: leñas, braseros, comidas y las dos alfombras que se llevaron a los cuartos de los últimos huéspedes para darles un poco más de distinción; el carruaje fue introducido en la cochera y los dos caballos en la caballeriza junto al alazán del conde. Francisca en persona se encargó de acompañar al caballero y a la dama a sus habitaciones; su marido apenas podía sostenerse en pie. Por orden de su padre, Isabel hizo las veces de doncella de la señora quien no le dirigió dos palabras seguidas, según informó cuando volvió a la cocina.

—Puede que sea extranjera y no conozca las lenguas de aquí —comentó Blas.

—Pues el hermano bien que habla castellano, si es que son hermanos... —replicó su mujer.

—¿Por qué no iban a serlo?

—No será la primera vez que un viejo tiene apaños con una mujer mucho más joven... ¿Es su cabello rubio o moreno? —preguntó dirigiéndose a su hija.

—No lo sé, no se ha quitado ni la capa ni la capucha mientras yo he permanecido en la habitación.

—Entonces es de Vitoria.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque de otra manera, le habría dado igual mostrarse —aseguró Francisca con su lógica habitual—. No quiere que la reconozcamos.

Al anochecer comenzaron de nuevo las idas y venidas llevando calderos con agua caliente para el aseo de los huéspedes, carbón para los braseros, leña para la chimenea de la habitación principal, bandejas con caldo de puerros, costilla asada y dulce de manzana. No había dado la medianoche ni se había escuchado el toque de queda cuando el silencio de la casa era completo. Después de cerrar el local y apagar los candiles, los dueños se retiraron a su dormitorio. Francisca se quedó inmediatamente dormida, pero Blas no conseguía conciliar el sueño a pesar de lo cansado que se sentía y daba vueltas en la cama sin lograr encontrar una postura cómoda. La espalda le dolía como si le hubieran dado una tunda de palos.

Le llegaron el sonido de una puerta al abrirse y cerrarse, de unos pasos en el piso inferior, otra puerta que se abrió y se cerraba, y escuchó un rumor de voces con total nitidez. Sorprendido, prestó atención; las voces procedían de la habitación principal, situada justo debajo de la suya. Quería dormir, pero continuaba sin encontrar la postura adecuada. Despacio, intentando no hacer ruido, bajó de la cama y avanzó a cuatro patas hasta encontrar una rendija por la que cabía un dedo y que había prometido taponar en cuanto tuviera un respiro; se tumbó en el suelo y aplicó el ojo a la ranura. Pudo ver cuatro cabezas cuyos dueños se sentaban alrededor de la mesa morisca y a los que no tuvo dificultad alguna en reconocer. La cabellera castaña del conde, la blanca del caballero anciano y el peinado en moños sobre las orejas de una dama no planteaban ninguna duda. La cuarta, completamente rapada, debía de pertenecer al

misterioso huésped que no se había dejado ver desde su llegada, puesto que no había nadie más en la casa, aparte de su familia y el mozo.

Durante un rato, fue tal su sorpresa que no prestó atención a la conversación. No acababa de comprender lo que estaba ocurriendo: los forasteros se conocían, pero en ningún momento habían preguntado los unos por los otros y habían esperado para reunirse a que la casa estuviera dormida. La voz del conde por encima de las de los demás le puso la piel de gallina:

—Es preciso que muera —lo oyó decir.

Esta vez apoyó la cara sobre el suelo y colocó su oreja en la hendidura para no perder palabra. Durante largo rato permaneció en aquella postura y escuchó atemorizado hablar de asuntos muy graves, de conspiraciones e intrigas. No supo exactamente a qué se referían los reunidos. En ningún momento mencionaron nombres, todos parecían saber muy bien a quién o quiénes se estaban refiriendo y, por otra parte, a veces no podía distinguir con claridad la conversación. El conde parecía llevar la voz cantante, pero su tono de voz era casi inaudible, como el de alguien acostumbrado a sentirse escuchado o... espiado.

La reunión finalizó al cabo de un buen rato. De nuevo se oyeron pasos, puertas que se abrían y se cerraban y, después, el silencio. Blas miró a través de la rendija una vez más; el conde se había despojado de la chaquetilla quedándose en camisa y sus manos parecían estar manipulando algún objeto, que él no podía distinguir desde su posición. Tenía frío, pero no quería moverse; la madera podría crujir, y él darse por muerto si aquellas personas averiguaban que había estado escuchando su conversación. Una nueva visión lo hizo olvidar el frío: el hombre sostenía en sus brazos a la mujer, completamente desnuda; fue un instante antes de que los dos desaparecieran de su vista, y él

empezara a escuchar los jadeos y los suspiros inconfundibles de dos amantes en plena labor. Intentó volver a la cama, pero no pudo moverse; sintió un terrible dolor en la espalda que le atravesaba el cuerpo, y los músculos de sus piernas no respondieron. A la mañana siguiente Francisca lo encontró allí, en el suelo, hecho un ovillo; tiritaba de frío y de fiebre, y a la mujer le costó Dios y ayuda trasladarlo a la cama. Ni las friegas, ni los cobertores colocados sobre la cama, ni el caldo de carne con un chorro de orujo lograron nada, y el hombre tuvo que permanecer en el lecho, sudoroso y con la mente atontada.

Varios días más tarde, algo recuperado, preguntó por los huéspedes.

—Se marcharon el día que te dio la calentura —le respondió su mujer.

—¿Todos?

—Sí, todos. El temporal amainó y se marcharon por donde habían llegado.

—¿Y pagaron?

—Naturalmente que pagaron y ¡muy generosamente! Ya he arreglado las cuentas con el prestamista Pérez y con el carnicero, los otros pueden esperar. Además ha remitido el temporal y los parroquianos vuelven a aparecer por aquí.

—¿Y adónde fueron?

—¿Quiénes?

—Los huéspedes...

—¿Acaso piensas que iba a preguntarles? ¡A nosotros qué nos importa adónde fueran!

—¿Y la dama? ¿Lograste verle el rostro?

—No... Salió tan tapada como cuando llegó. Ella y su acompañante tomaron el camino de las cercas, aunque yo sigo convencida de que se trataba de una vecina de Vitoria. De

todos modos, tomé buena cuenta de su capa, de sus andares y de su perfume. Ya te lo diré si algún día me la tropiezo en la calle.

Francisca continuó hablando, pero su marido no la escuchaba. Todavía recordaba algunos retazos de la conversación, y estar en un secreto, aunque fuera a medias, le ponía la piel de gallina. Aquellas personas eran o parecían ser muy importantes. Debería hablar con el mayoral, contarle lo que había escuchado. Pero, pensándolo mejor, ¿qué le diría? Ni siquiera conocía sus nombres. Únicamente se acordaba de uno, el del señor de Villasantos, pero igualmente podía ser un nombre falso. Además, a él ni le iba ni le venía lo que tramaran unas personas linajudas; era un simple mesonero y bastantes problemas tenía ya como para buscarse otros más graves. Se oían muchas cosas, se escuchaban confidencias y corrían los rumores, pero el brazo de la autoridad era muy largo. Más de uno había perdido la lengua, o había sido enviado a galeras, o a prisión, o había sido azotado, o había desaparecido sin que nadie lo hubiera vuelto a ver por saber más de lo que debía. No, a él no le incumbían las intrigas de aquellos que lo tenían todo: dinero y poder, y no pensaba entrometerse. Seguramente no volvería a verlos en su vida y era mejor olvidar todo el asunto.

Santa María

Don Diego Fernández de Paternina recorrió las capillas del ala este del templo con la desolación plasmada en su rostro. Si hubiera que calibrar la devoción de los creyentes por la magnificencia y el buen mantenimiento de sus iglesias, la fe de la comunidad de Vitoria no pasaría el examen. Se detuvo en la Capilla de los Reyes, cogió uno de los barreños de madera dispuestos para su uso en un rincón y lo colocó justo bajo una gotera que se desprendía de la bóveda de madera e iba a caer al suelo al mismo ritmo uniforme con que el cantor golpeaba el bastón en el suelo para dirigir al coro.

Escuchando el ruido monótono del agua al chocar con el recipiente, recapituló sobre las veces que se habían realizado obras de restauración, o de simple remiendo, en las capillas funerarias del templo. Al cabo de un instante tuvo que reconocer que en las tres décadas que llevaba él en Santa María ninguno de los beneficiados y patronos había gastado un maravedí

en el mantenimiento de la última morada de sus deudos. Eso sí, exigían recibir puntualmente su parte de los diezmos, la parte del león. Además, y a pesar de las muchas peticiones enviadas al concejo y a los sucesivos alcaldes en persona, los ediles no consideraban una necesidad primordial el precario estado de las capillas. Los costes originados por la sustitución del techo de madera por otro de piedra en la zona central de la iglesia eran, según ellos, más que suficientes. La contribución anual de la ciudad y las limosnas recogidas en las misas, funerales y bautizos, apenas daban para comprar cirios y velas, mantener la comida de los pobres y poco más. Aunque varios de entre ellos tenían propiedades que les proporcionaban sus buenas rentas, el salario del abad y el de los canónigos era más bien escaso, y algunos habrían tenido dificultades para llevar una vida digna si no fuera porque sus propias familias se ocupaban de pasarles ciertas cantidades para mantener el nombre. Su hermano Iñigo no era especialmente generoso, pero jamás permitiría que un miembro de su linaje fuera por ahí con el hábito roto.

Dirigió su mirada hacia los muros de la capilla y lanzó un suspiro. Las pinturas brillaban con la humedad; aquí y allá podían observarse manchones emborronados y restos de pigmentaciones que no habían podido soportar el paso del tiempo. La cabeza del caballo de San Miguel Arcángel empuñando su lanza contra el dragón casi había desaparecido, y era necesario un gran esfuerzo para imaginársela briosa y retadora ante el Mal. También la Virgen había perdido la sonrisa, y dos chorretones de color ocre bajaban de sus ojos marcando una huella en su rostro semejando unas lágrimas. Si fuera mañoso con el pincel, caviló, no vacilaría en restaurar él mismo las ornamentaciones pictóricas, devolviéndoles los colores originales y transformando el recinto sagrado en un lugar lleno de vida. Pero el Señor no lo

había dotado para las artes, y su habilidad en este campo era tan inútil como su capacidad para obtener el dinero suficiente para emprender las obras.

El sonido de un nuevo goteo lo hizo correr hacia el rincón donde se apilaban los barreños y se apresuró a colocar uno de ellos debajo de la gotera.

—¡Muchas pieles y terciopelos y dejan que los huesos de sus antepasados se pudran con la humedad! —exclamó en voz alta, clavando su mirada en el rostro pétreo de Pedro Martínez de Alegría, *el Viejo*.

La estatua yacente representaba a uno de los próceres de la villa, muerto hacía más de un siglo. Había sido uno de los grandes impulsores de la repoblación con Angebín Sánchez de Maturana, tras el desastre de la peste y las subsecuentes epidemias que se habían abatido sobre la ciudad, diezmando su población. También fue él quien creó las sólidas bases de la fortuna familiar, que nadie era capaz de calcular. Buen comerciante, buen negociador y, sobre todo, hombre enérgico y de ideas claras, don Pedro era honrado como ser excepcional y benefactor de la villa, pero sus descendientes directos se habían establecido en la corte y hacía años que no aparecían por Vitoria ni se preocupaban por el estado de la tumba del fundador de su linaje.

Unos gritos procedentes del exterior interrumpieron las cavilaciones del abad de Santa María. El aguacero que había seguido a las nevadas y caía desde hacía dos días amainó en el momento en el que él se llegó a grandes zancadas hasta la puerta de Santa Ana y la abrió de par en par. Aún era temprano, pero casi parecía de noche debido a los oscuros nubarrones que ocultaban la luz del sol. Un gran número de vecinos, calados hasta los huesos, rodeaban a un joven tirado en el suelo, golpeándolo y amenazando con matarlo. Don Diego se abrió paso a empujones

hasta el centro del corro y, por un momento, su presencia pareció amilanar a los vociferantes, pero arreciaron en sus gritos al ver que el mozo se protegía detrás del sacerdote.

—¿Qué ocurre aquí? —gritó este con el mismo vozarrón que utilizaba en el sermón para recriminar los pecados y la tacañería de los fieles a la hora de depositar las limosnas en el cestillo.

—¡Es un asesino! —se oyó una voz.

Y todas las demás respondieron con insultos dirigidos al joven, quien se agarraba desesperadamente a las ropas del clérigo.

—¡Ha matado a Juan López de Barrundia! ¡Lo ha degollado!

A los primeros vecinos se habían unido muchos más que llegaban intentando averiguar el motivo del tumulto y que, una vez conocida la causa de este, gritaban y levantaban los puños en alto con la misma furia que los primeros.

—¿Y vosotros pensáis hacer lo mismo? —interrogó don Diego retándolos con una mirada severa bajo sus espesas cejas—. ¿Queréis ser tan asesinos como él?

Durante un instante callaron las voces, los vecinos se miraron unos a otros y luego cerraron aún más el círculo en torno a su presa, dispuestos a ser jueces y verdugos sin más tardanza. La súbita llegada del mayoral, acompañado por dos guardas, los obligó a abrirse, aunque no por ello abandonaron su actitud. Enterado de la situación, el mayoral se enfrentó a la gente.

—Si es cierto lo que decís, nos lo llevaremos para que sea juzgado por el alcalde —sentenció.

—¡Vamos a darle su escarmiento aquí y ahora! —gritó un carnicero que empuñaba uno de sus cuchillos.

El mayoral hizo girar su bastón y lo descargó en el cráneo del carnicero. El hombre soltó el cuchillo y se llevó las manos a la cabeza, logrando mantenerse en pie a duras penas.

—¿Alguien más quiere tomarse la justicia por su cuenta? —amenazó el mayoral haciendo girar el bastón delante de los vecinos de la primera fila.

El corro comenzó a dispersarse entre rumores y comentarios en voz alta sobre el abuso de autoridad, momento que aprovechó el acusado para salir corriendo hacia la iglesia antes de que alguien pudiera detenerlo.

—¡Santuario! ¡Santuario! —gritó a los atónitos espectadores antes de penetrar en el recinto.

Las personas que ya se alejaban volvieron sobre sus pasos para acompañar al mayoral y a sus ayudantes dispuestos a penetrar en la iglesia y a detener al supuesto criminal. El abad se les adelantó y se colocó ante la puerta.

—¿Adónde vais? —preguntó.

—¡No seré yo quien deje escapar a un asesino! —exclamó el mayoral—. ¡Dejad paso libre!

—Ese hombre se ha acogido a sagrado, y nadie puede violar la casa de Dios.

Los vecinos los contemplaban en silencio; la furia anterior había dejado paso a la expectación provocada por una situación inusual y excitante.

Cada vez eran más los curiosos que se acercaban a la iglesia y eran puestos al corriente por los demás. Había empezado a llover de nuevo, pero nadie parecía darse cuenta y todos esperaban anhelantes el desenlace de la confrontación entre el poder civil y el religioso. Algunos, incluso, comenzaron a hacer apuestas a favor del uno o del otro. Varios canónigos, el sacristán y un par de monaguillos acudieron también al escuchar el tumulto, manteniéndose a la expectativa detrás de su abad. Poco después, avisado por un vecino, llegaba el alcalde Vélez de Esquibel, seguido por tres ediles y el merino mayor.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó dirigiéndose al sacerdote.

—Hay un criminal en la iglesia —lo informó el mayoral antes de que el otro pudiera responder—. Ha matado a un hombre y se ha refugiado dentro. El abad no nos deja entrar, dice que esta es la casa de Dios, y que la ley no es igual dentro que fuera.

—Don Diego, si ese hombre ha cometido un crimen, debéis entregarlo para que sea juzgado —ordenó el alcalde.

—Nadie entrará en la casa de Dios si no es para orar o pedir perdón por sus pecados —insistió el abad con los brazos en cruz, impidiendo la entrada en la iglesia.

—¡Puedo obligaros!

—Y yo puedo excomulgarte y pedir al obispo que haga otro tanto con la ciudad.

Los vecinos se miraron horrorizados. La excomunión significaba la muerte en vida, sus hijos no serían bautizados, ni sus muertos enterrados; todos estarían condenados al infierno, sin haberlo comido ni bebido.

—¡No seréis capaz! —exclamó el alcalde más sorprendido que enojado.

—Inténtalo y verás si soy capaz o no.

Las gentes esperaban sin atreverse casi a respirar, la lluvia volvió a parar, y un mortecino rayo de sol se colaba por entre las nubes e iluminaba el lugar, como si quisiera aquietar los espíritus y devolverles la cordura. El alcalde abrió la boca, pero ninguna palabra salió de ella, frunció el ceño, cerró la boca y apretó las mandíbulas.

—¡Esto no quedará así! —exclamó con furia al cabo de un rato, dio media vuelta y se alejó, seguido por los ediles y el merino.

El mayoral y los dos guardas permanecieron en el mismo lugar, decididos a quedarse allí el tiempo que fuera necesario

hasta que el clérigo entrara en razón, pero se giraron y conminaron a la población a marcharse y volver a sus faenas. Algunos vecinos hicieron caso omiso de la orden, pero la mayoría se dispersó, defraudada, comentando el insólito comportamiento del abad. Este bajó los brazos, echó una mirada a su alrededor para asegurarse de que nadie intentaba seguirle los pasos, penetró en la iglesia detrás de los canónigos y cerró la puerta; hizo un gesto con la mano para que lo dejaran solo, se apoyó en el muro, cerró los ojos, se pasó la mano por el cabello húmedo y lanzó un suspiro. ¡Solo le faltaba aquel desgraciado incidente para empeorar las cosas!

Unos cuantos años antes había sido nombrado abad en sustitución del anterior, fallecido de viejo. El nombramiento había traído sus más y sus menos porque, aunque carente de beneficios económicos importantes, el abad de Santa María era el cargo religioso con más peso de la villa, y todavía coleaba la disputa que enfrentaba desde hacía más de cuatrocientos años a los alaveses, clérigos incluidos, con el obispado de Calahorra. Ante la amenaza musulmana, y durante dos siglos, la sede episcopal fue trasladada a la pequeña aldea de Armentia, a menos de una legua de Vitoria, pero volvió a la antigua ciudad riojana en cuanto el peligro se alejó. Desde entonces no habían dejado de escucharse voces reclamando una sede alavesa propia y, de hecho, este era uno de los pocos asuntos en los que los notables de ambos bandos, Ayalas y Callejas, estaban de acuerdo.

A la muerte de su predecesor, los Ayala y los Maturana propusieron a sus propios candidatos, aduciendo el peso de ambas familias como beneficiadas de la colegial, pero el obispo lo nombró a él por considerarlo con mayores méritos que sus rivales. Había intentado en todo momento mantenerse al margen de los litigios que enfrentaban a las dos parcialidades, pero

era imposible sustraerse al recelo de los unos y a la presión de los otros. Un ruido lo hizo recordar al individuo por el cual se había enfrentado a sus parroquianos y a la autoridad civil.

—¡Sal de ahí! —ordenó al tiempo que avanzaba hacia la capilla mayor.

A la exigua luz de las velas, pudo ver al joven, en realidad un mozo no mayor de veinte años, asomando la cabeza por detrás del altar.

—¡Ven aquí! —le ordenó de nuevo—. Estamos solos tú y yo.

El muchacho salió de su escondite y se aproximó cabizbajo a don Diego.

—Pero ¿se puede saber qué es lo que has hecho, desgraciado? —lo interrogó, zarandeándolo.

El joven respondió con un gemido; estaba mojado y sucio, el pelo le caía por delante de la cara y mostraba las señales de los golpes recibidos. El abad reconoció en él a un desarrapado sin casa ni familia que malvivía haciendo pequeños trabajos para los vecinos, limpiando cochiqueras, acarreando leña o baldeando suelos. No recordaba su nombre, pero sí que había llegado hacía poco tiempo de algún pueblo de la zona, al igual que muchos otros campesinos, buscando en la ciudad medios para subsistir, acuciados por el hambre y las ambiciones de los linajes rurales.

—Yo no he hecho nada —gimió de nuevo en un tono de voz casi inaudible.

—Dicen que has matado a Juan de Barrundia.

—No, yo no he hecho nada —afirmó en el mismo tono—. Ya estaba muerto cuando he llegado. Su cuerpo aún estaba caliente, y la sangre seguía manando de la herida del cuello.

—¿Y qué hacías tú allí?

—Ayer me dijo que me daría ropa y comida si le limpiaba el almacén de herramientas.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—¡Satanás se me lleve ahora mismo al Infierno si no digo la verdad! —gritó el joven desesperado.

—¿Lo juras en confesión? —insistió don Diego.

—¡Lo juro!

El abad aflojó la presión de sus manos sobre los hombros del joven, levantó la vista hacia la estatua policromada de la Madre de Dios, en cuyo honor llevaba la iglesia el nombre, y apretó los labios. Pese a los indicios que lo acusaban, él creía en las palabras del harapiento que permanecía encogido a sus pies. Nada más fácil que asesinar a alguien y cargarle el muerto a un pobre infeliz como aquel, sin nadie que saliera en su defensa.

¿Quién creería en las palabras de un desheredado, de una piltrafa humana? Nadie lo escucharía, se le juzgaría y condenaría con la misma celeridad de los mendigos para sorber la sopa de caridad que se les ofrecía todos los días, y se daría el asunto por zanjado. Se sentía molesto. Nunca en toda su vida se había visto enfrentado a una situación desagradable como aquella y sabía que no le iba a ser nada fácil mantener su postura; había osado enfrentarse al orgulloso alcalde y este haría todo lo posible para obligarlo a claudicar; los notables se aliarían dejando a un lado sus desavenencias con tal de demostrar que nadie, ni siquiera el abad de Santa María, podía hacerles frente sin sucumbir en el intento; y el pueblo, por una vez, estaría de acuerdo con ellos porque, aunque poco eficaz, la justicia civil era su única defensa contra asesinos y ladrones. Pero, por otro lado, estaba su propio convencimiento de que el mozo sería ejecutado sin un juicio justo y sin respetar el derecho de acogerse a sagrado mantenido por la Iglesia a lo largo de los siglos. Si lo entregaba, no solo estaría obrando en contra de su conciencia,

sino también negando el asilo ofrecido por la Iglesia a todos sus hijos por igual, pecadores o no.

—¡Sígueme!

Subieron por una de las escaleras que ascendía hacia el triforio, el pasillo que circundaba la nave, adornado con pequeñas columnas que le daban el aspecto de una galería repleta de ventanas, y recorrieron el camino en silencio, uno siempre delante del otro. Una nueva escalera, más estrecha y de madera, los condujo a un desván de grandes dimensiones cuyo suelo, cubierto de excrementos de palomas, revelaba dónde se refugiaban las aves que por cientos sobrevolaban los tejados de la ciudad durante el día.

—Espera aquí —ordenó y sin más palabras inició el descenso.

El joven tiritaba de frío, tenía las ropas caladas y no había comido desde hacía dos días, se apoyó en una de las vigas que sostenían el tejado y se deslizó hasta el suelo, hecho un ovillo, intentando entrar en calor. Un rato después escuchó pasos ascendiendo por la escalera y, seguidamente, vio la luz de un hachón asomando por el vano. La noche acababa de caer y el desván se hallaba sumido en la oscuridad más completa. Don Diego apareció seguido por dos frailes, movió la antorcha hasta descubrir a su protegido acurrucado junto a la viga y se dirigió hacia él.

—Desnúdate —le ordenó.

El muchacho obedeció, algo cohibido al verse observado por tres inquisitivos pares de ojos. Sin una palabra, el abad le tendió una camisa de lana, una túnica de fraile, unos calzones y unas sandalias, que él vistió con la mayor celeridad con la que fue capaz.

—Y ahora come.

El más viejo de los tres le tendió un gran cuenco de madera repleto de sopa de berza y pan, y una cuchara. No se hizo repetir la orden y sorbió la sopa, sin preocuparse por los ruidos y los modales; solo quería satisfacer su hambre y sentir un poco de calor. En pocos instantes dejó el cuenco tan limpio como antes de ser usado.

—Mientras estés con nosotros —lo informó el abad—, dormirás aquí, trabajarás en lo que se te ordene, procurarás molestar lo menos posible y en ningún momento abandonarás la iglesia. ¿Me has oído?

Asintió con la cabeza. ¿Qué otra cosa podía hacer? El otro clérigo, no mucho mayor que él, había dejado en el suelo un colchón relleno de hierba seca de dos dedos de espesor y encima una manta áspera, de color pardo. Don Diego hizo una seña con la cabeza a sus acompañantes y los tres se dispusieron a abandonar el lugar, pero, antes de desaparecer por el vano de la escalera, el abad se giró hacia el joven, que los contemplaba inmóvil.

—¿Cuál es tu nombre?

—Hernando de Dios.

—Bien, Hernando de Dios, no lo olvides. A partir de ahora, y mientras el Señor así lo disponga, serás un lego, acatarás las órdenes o tendrás que marcharte de aquí.

La oscuridad se adueñó de nuevo del desván, y el joven tuvo que tantear el suelo hasta encontrar el colchón de hierbas dejándose caer sin apenas fuerzas para enrollarse en la manta rásposa; estaba tan cansado que habría podido dormir en el suelo cubierto de excrementos de paloma. Cerró los ojos y pensó en el fatal destino que había conducido sus pasos hasta la ciudad, creyendo que allí podría trabajar en lo único que verdaderamente sabía hacer bien: pintar. Su padre ya se lo había advertido.

Martín Ruiz, señor de Gazeo, adoptó el aire altivo que acostumbraba cuando algo o alguien lo disgustaba. En dichas ocasiones, miraba desde su altura y enorme complexión física al aludido durante unos momentos, y el desdichado, objeto de su ira, sentía tal temblor en las piernas que tenía la impresión de estar hundiéndose en la tierra.

—¡Vas listo si crees que allí podrás vivir manchando muros! —exclamó cuando su hijo lo informó sobre su decisión de abandonar la casa familiar para buscarse la vida en Vitoria.

Nunca había podido comprender el gusto de su heredero por «manchar los muros», como solía comentar despectivamente provocando las risas de todos los miembros de su familia. Se encolerizaba cada vez que se disponía a enseñarle el manejo de las armas o la administración de sus propiedades y lo hallaba, tras mucho buscar, subido a un andamio en la iglesia de San Martín de Tours, o en cualquier otra de la zona, pintando alegorías religiosas en los muros o repintando las ya existentes. La habilidad del joven era conocida en toda la comarca y los curas de las parroquias de los pueblos vecinos, Alaiza, Zuazo, Dulantzi, se felicitaban por haber encontrado en él a un artesano lo suficientemente habilidoso para restaurar las pinturas desgastadas por el tiempo y la humedad sin costarles nada. No solo no cobraba por su trabajo, sino que, además, elaboraba él mismo los tintes y aportaba sus propios pinceles, paletas y demás útiles necesarios.

Su madre no se reía, pero Hernando tampoco estaba muy seguro de que no lo hiciera porque lo entendía, sino más bien porque se sentía decepcionada y triste. Su único hijo varón, aquel destinado a heredar el apellido y las tierras, quien debería haberse distinguido en la lucha contra los enemigos de su casa, quien tendría que haber emulado a sus antepasados a cuál

más bravío prefería perder el tiempo realizando mezclas de pigmentos, preparando colores y utilizando el pincel en lugar de la espada.

En el fondo, pensó el joven con tristeza, su madre sentía que había traicionado el fin para el cual estaba predestinada: dar un heredero fuerte y valiente a su marido. Tres hijos varones habían muerto a poco de nacer y había perdido las esperanzas. Su nacimiento la inundó de gozo y exigió que se le pusiera por nombre Hernando de Dios, porque era Dios quien se lo había concedido tras muchas súplicas y un peregrinaje a la ermita de Santa Columba de Argandoña. Con aquel nombre, el Todopoderoso se apiadaría de ella y permitiría que el niño llegara a la madurez, aunque, por si acaso, también había acudido al lugar llamado *sorginetxea*, la casa de la bruja, a unas leguas de Gazeo, donde, según decían las hablillas de la zona, más de una mujer había visto convertido en realidad su deseo de ser madre. Fuera como fuese, por la intervención de Dios o del diablo, él se había hecho hombre y gozaba de buena salud, pero ¿para qué? Estaba seguro de haber defraudado tanto las esperanzas maternas como las paternas, pero no podía hacer nada. Por mucho que intentara agradecerles, jamás sería un soldado como su padre y tampoco sentía ninguna gana de convertirse en un hombre malhumorado y duro como él.

Llegó a Vitoria con el entusiasmo de sus dieciocho años, dispuesto a mostrar sus habilidades, confiando en que hallaría los medios a fin de ejercitar sus dotes artísticas y demostrar a sus padres que también podía honrarse a los suyos sin mancharse las manos de sangre, sin conquistas, sin luchas. Estaba convencido de que en la ciudad las cosas serían distintas al oír a un amigo de su padre, a su regreso de un peregrinaje a Roma, alabar el lujo y el aprecio que en la corte papal se tenía a los bendecidos por

la musa de las bellas artes, pero, estaba claro: Vitoria no era Roma y no tenía aspecto alguno de llegar a serlo algún día.

¡Qué estúpido había sido! Después de muchos meses llamando a las puertas de las casonas señoriales ofreciendo sus servicios a cambio de casi nada, tratando de convencer a los sirvientes de los adinerados de que las viviendas de sus señores serían la envidia de los vecinos si mostraban sus fachadas decoradas, tuvo que rendirse a la evidencia: no había lugar para un pintor, oficio por otra parte considerado a igual nivel que el de un buhonero o, en el peor de los casos, el de un mendigo si no se contaba con el mecenazgo de algún potentado.

Se informó acerca del maestro pintor Tomás de Oñate, quien mantenía taller abierto, e intentó ser admitido en él, pero no se hallaba en aquellos momentos en la ciudad, y sus ayudantes no le prestaron la menor atención. Finalmente se le acabaron las pocas monedas que su madre le entregara a escondidas del padre y que le habían servido para sobrevivir durante algún tiempo, por lo que se vio obligado a aceptar cualquier clase de trabajo, desde descargador de carros, hasta limpiador de suciedades y vomitonas en un par de tabernas. Olvidó sus anhelos y no volvió a coger un pincel puesto que no tenía dónde pintar y, al igual que tantos otros vagabundos que malvivían día a día, así él también se dispuso a esperar tiempos mejores. En ningún momento se le ocurrió la idea de volver a Gazeo; cualquier humillación era preferible a soportar la irónica satisfacción del padre al verlo regresar derrotado.

El sueño estaba a punto de vencerlo, el estómago caliente y la seguridad de hallarse a salvo lo reconfortaban; estaba agotado y dolorido, pero trató de pensar en las circunstancias que lo habían llevado a su situación actual, la más horrible en la que un ser humano podría encontrarse: ser acusado de un asesinato

siendo inocente y sin tener ninguna posibilidad de defenderse. Había acudido temprano al taller del maestro de obras Juan López de Barrundia, en la calle Zapatería, a la altura del cantón de las Carnicerías, porque la víspera este había prometido pagarle si limpiaba bien el local. Creyó que no había nadie y se dispuso a emprender la tarea cuando observó unos pies sobresaliendo por debajo de la mesa de trabajo donde se amontonaban dibujos y planos. Se agachó, esperando encontrar a algún aprendiz durmiendo la siesta y constató, horrorizado, que el durmiente no era tal sino el propio maestro en cuyo cuello podía observarse una terrible herida, de oreja a oreja; el cuerpo, las ropas y el suelo estaban teñidos de rojo. Escuchó un ruido e intentó levantarse, pero un golpe seco le hizo perder el sentido y lo dejó tumbado sobre el reguero de sangre. Cuando despertó, se hallaba rodeado de personas que lo amenazaban de palabra y hecho, pues no tardaron en ensañarse con él, dándole patadas en las costillas y en otras partes del cuerpo. A duras penas pudo erguirse, solo fue para continuar recibiendo golpes e insultos. No supo cómo había logrado salir del local y echar a correr cuesta arriba hasta llegar a Santa María, perseguido por una multitud enfurecida que aumentaba a medida que atravesaba cantones y calles.

Antes de quedarse dormido, Hernando de Dios Ruiz de Gazeo rogó para que le fuera concedida la gracia de no despertar ya nunca más.

Al día siguiente no hubo en toda Vitoria quien ignorara la noticia del asesinato del maestro de obras y del insólito caso del asesino acogido a sagrado en Santa María. No se hablaba de otra cosa en las calles, tabernas y comercios y, como siempre, la opinión se hallaba dividida entre los que creían en la culpabilidad del andrajoso que, estaban seguros, había matado por dinero,

y los que creían en su inocencia y barruntaban que algo más gordo habría detrás de todo el asunto.

Juan López de Barrundia no era un maestro de obras cualquiera, muy al contrario; manejaba grandes cantidades de dinero y había adquirido una gran fortuna. De simple albañil, ayudante de obras en sus años jóvenes, había llegado a convertirse en dueño del negocio gracias a su habilidad para entender los deseos de los clientes y su rapidez para cumplir los encargos. Había construido el palacio de los Ruiz de Vergara y remodelado la antigua torre fuerte de los Soto convirtiéndola en una casona más acorde con los tiempos y las modas, y entre sus primeras obras se contaba el palacio de los Sánchez de Bilbao, que había albergado a los reyes Isabel y Fernando, así como a Felipe el Hermoso y a otras personalidades. También era suya la obra de sustitución de la cubierta de madera de la colegial por otra de piedra, mucho más acorde con las pretensiones de la élite ciudadana que deseaba que Vitoria contase con su propia catedral para así dejar de pertenecer a la diócesis de Calahorra y zanjar por fin el viejo conflicto.

Las malas lenguas, sin embargo, comentaban en voz baja otros asuntos menos deslumbrantes del constructor. Unos hablaban de sus problemas con los peones a quienes pagaba mal y tarde; otros, de los materiales de baja calidad utilizados en sus últimas obras a fin de obtener una mayor cantidad de dinero; los había que se hacían eco de las ambiciones políticas de Barrundia para ocupar un puesto en el concejo y evitar en lo posible las inspecciones y controles del mayordomo bolsero, el tesorero encargado de las rentas y los dineros de la ciudad. Era un hombre desabrido y altanero, y motivos no faltaban, decían las mismas lenguas, para que a alguien se le fuera la mano y hubiera llegado a cometer el asesinato, un acto repudiable aunque seguramente deseado por muchos.

De todos modos, nadie permaneció indiferente ante el horrendo crimen, tema principal de las conversaciones durante varios días hasta que una noticia increíble hizo olvidar el asesinato y al refugiado en la colegial.

Índice

Vitoria, febrero de 1522	13
El Portalón	13
Santa María	29
La Cuchillería	47
El pórtico	61
La Casa del Cordón	75
La Plaza del mercado	97
El paso de ronda	117
El templo	137
El convento de San Francisco	165
La torre de Doña Otxanda	187
La Puerta de Santa Clara	217
La Nueva Dentro	233
La capilla de Santa Ana	247
Villanañe	261
La torre de Varona	279
Santo Domingo	305
El convento de Santa Clara	329
La Herrería	347
La cárcel de La Pellejería	373
La sala estrellada	401
San Vicente	417
Mayo de 1522	441